

BELMONTE DE LOS CABALLEROS EN CASTELLANO

Belmonte de los Caballeros in Spanish

Belmonte de los Caballeros em espanhol

Ricardo SANMARTÍN ARCE

Académico numerario de la Real Academia de CC. Morales y Políticas

rsanmarta@gmail.com

Con motivo del primer aniversario del fallecimiento del antropólogo Carmelo Lisón Tolosana, la Fundación Humanística Lisón-Donald ha acordado editar el manuscrito en castellano de su primer libro *Belmonte de los Caballeros. Anthropology and History in an Aragonese Community* que, hasta ahora, solo se había publicado en inglés. No se trata de una traducción al castellano sino de la publicación del manuscrito que escribió Lisón tras su trabajo de campo entre 1958, 1959 y 1960. Lisón nunca quiso publicarlo en vida en castellano, con el fin de preservar la privacidad de la vida de sus paisanos. Solo pocos meses antes de su muerte, señaló la caja en la que guardaba su viejo manuscrito. Becarios de la Fundación lo transcribieron en soporte informático. La Fundación me pidió que revisase la transcripción y escribiese una presentación que acompañase al texto. Durante varios meses fui cotejando tres documentos: la fotografía de cada página del manuscrito depositado en la Fundación, la transcripción en Word, y el texto publicado en inglés.

Lo que ahora publicará la Fundación Lisón-Donald supone volver al original del autor. Comparado con el texto de Oxford University (1966) o de Princeton University (1983), se aprecian ciertas diferencias, no solo por las exigencias propias de cada lengua, sino también por ligeros cambios en la ordenación de algunos párrafos y en el estilo de la argumentación. Con todo, la principal diferencia reside en la historia transcurrida. El tiempo es, probablemente, nuestra más humana naturaleza, y la historia nuestro mundo. Esa distancia de más de sesenta años entre su primera redacción y su lectura actual en español abre, inevitablemente, un horizonte de experiencia histórica mayor, más largo y hondo, y ese *regard éloigné*

del que hablaba en 1983 C. Lévi-Strauss, supone algo más que alejar la mirada, implica la ampliación del horizonte de la comprensión. No se trata tan solo de que el tiempo haya curado viejas heridas ya olvidadas, sino de algo que también es importante desde el punto de vista epistemológico. Esa ampliación del horizonte temporal permite no solo comprender mejor los contenidos de la etnografía en relación a la primera mitad del siglo XX, sino sobre todo en relación a nuestro presente como lectores. Lo que el texto dijo a mediados del pasado siglo tenía un contexto cultural e intelectual, en su recepción, muy diferentes a los actuales. Hoy percibimos la rotundidad de su estilo original. Lisón lo escribió con una agilidad muy distinta a la de sus últimas obras. En realidad, su manuscrito es ya una obra madura que ahora se saborea como un vino de Cariñena «gran reserva», madurado en la bodega de roble de la historia. Quizá, consciente de su inmediata traducción al inglés, Lisón emplea frases cortas, como brochazos expresionistas con los que dibuja con mano experta hechos de conducta, matices que, en su singularidad, encierran todo un mundo. No cabe exagerar al destacar la gran calidad de su etnografía que siempre han reconocido sus colegas de habla inglesa, italiana o francesa, tanto o más que los españoles. Así lo expresaba James W. Fernandez en su prólogo a la segunda edición en inglés en Princeton University Press.

En el texto, apenas hay citas académicas. No especifica la teoría en la que se funda. No necesita hacerlo. Eso, como a los militares el valor, es algo que él daba por supuesto. Él simplemente la usa. Va toda de golpe en su mirada de buen observador. Esa elección de qué expresión local, de qué hecho o situación social describir, conlleva, sin nombrarla, toda la visión teórica de la Antropología Social británica que ya en los años cincuenta del siglo XX había transformado el viejo Funcionalismo en una nueva perspectiva plenamente simbólico-semántica, histórica, que bien podría ejemplificarse en la obra del entonces Professor del Departamento y maestro en Oxford, Sir Edward Evans-Pritchard o de sus profesores Mary Douglas y Godfrey Lienhardt, tutor y supervisor, entre otros.

Tan pronto vemos cómo construye Lisón sus primeros capítulos al tratar la propiedad de la tierra y la estratificación social, comprendemos el peso heurístico que en su análisis tiene el tiempo, la dinámica de la historia, tanto como la energía semántica que en ese dinamismo inyectan los valores morales en el motor de la historia. El autor con más obras citadas en el libro es Ortega y Gasset, quien, a su vez, estimaba la orientación científico-espiritual de W. Dilthey, a quien también cita Lisón, junto con Julián Marías, Max Weber, E. Cassirer, y M. Halbwachs entre otros. Ni tan siquiera cita a su director en Oxford, ni a sus profesores. Antes cita a clásicos griegos y españoles o a sus colegas que hicieron trabajo de campo en España como M. Kenny o J. Pitt-Rivers. Esa manera de proceder, lo que describe y cómo lo interpreta, deja en claro el valor que otorgaba a la experiencia de campo, al trato directo con quienes hacen con su conducta la historia colectiva. Lisón convive con sus vecinos, se encuentra con ellos a diario, sabe de qué hablan cuando comentan la presión del tiempo y los plazos en las campañas agrícolas, el clímax y su relajación en los anticlímax; entiende los gestos con los que acompañan su

conversación o sus silencios al tratar en el bar, en la calle o en las viviendas de según qué temas; entiende incluso la partida silenciosa de la comunidad cuando no hay más salida que salir para poder conservar el honor en algún caso extremo, pocos, pero iluminadores desde su escasez empírica. Cuantifica cuanto es posible hacerlo porque resulta ilustrativo de las diferencias de poder que otorga la propiedad y la riqueza; usa incluso los términos infraestructura, superestructura, medios de producción, pero lo hace siguiendo antes a Morgan que a Marx, por el peso que el evolucionista otorgaba a las necesidades como razón para la creación de instituciones. Con todo, Lisón no fue un evolucionista. Él estudió a Morgan por haber hecho trabajo de campo, y valoró su estudio entregado al campo y al método comparativo. Pero la entrega de Lisón al trabajo de campo hay que entenderla como un medio para abrir la atención y dejar que la alteridad cultural cuestione la propia ignorancia y prejuicios. Solo así cabe iniciar una respuesta que, modificando el propio punto de vista, amplíe el horizonte de la comprensión. Solo años más tarde leyó Lisón a Gadamer, su «Verdad y Método» (1975-1986) en dos volúmenes, donde encontró fundamento filosófico adecuado a cuanto venía practicando desde 1958. Lisón entendió desde esta su primera obra la ineludible necesidad de interpretar para comprender, y llegó a desarrollar una Antropología Interpretativa años antes de que C. Geertz publicara su más difundida obra sobre la interpretación de la cultura. Lisón reconoce en su manuscrito que, «como la interpretación existencial es necesaria para entender el sentido de los fenómenos sociales, éstos requieren la colaboración de factores metasociológicos en un último análisis interpretativo».

Un texto que termina en 1960, que se documenta desde el siglo XII, y que ahora se publica en el XXI ¿es un libro de Historia? A la vez que en pleno franquismo compara la vida local, el pueblo, con la Polis griega, subraya la insumisión normativa de los vecinos, el valor de lo transjurídico. En realidad, es un estudio de comunidad, una monografía de campo fundamentalmente antropológica, clásica, que, al sumergirse en la observación, detecta la profundidad de la historia. Leerla ahora, pone en movimiento toda la historia que media entre 1960 y 2021, convirtiéndose de ese modo en un foco de comprensión que ilumina toda la historia de España y de tantas áreas del conjunto de los pueblos mediterráneos que han sufrido procesos de modernización semejantes. La relativa pérdida de poder de la Iglesia del siglo XVII al XIX, que se corresponde con el paso del mundo del Barroco al de la Ilustración, transfiere una mentalidad similar a pesar del cambio, dada la duración del viejo poder eclesiástico, y contrasta al leerlo con la moderna fragmentación del sujeto, con los profundos cambios laborales, con la incertidumbre y desorientación contemporáneas en un mundo más rico y globalizado, un mundo que se sorprende ante la velocidad del cambio climático y las pandemias; de ese modo puede encontrar el lector en la comunidad tradicional un punto de gran contraste que ayuda a comparar y comprender el veloz presente.

No es, pues, un libro de historia, pero tiene historia dentro y, también, su propia historia. Evans-Pritchard quería que Lisón se doctorase con un trabajo de

campo en África, siguiendo la tradición británica, pero Lisón prefirió sumarse a los estudios del Mediterráneo que emprendieron seguidores del trabajo que el propio Evans-Pritchard había hecho entre los sanusi de Cirenaica (1949). Su innovación fue trabajar en su misma comunidad de origen, de la que pronto y por años se había ausentado para ampliar su formación y estudios. Su propia trayectoria le ubicó en un punto extremo, fuera, en el margen categorial de su comunidad, fruto ambiguo de la distancia por su prestigio académico, y de la proximidad y confianza por ser del lugar. Eso suponía encarar con mayor alerta crítica los posibles sesgos interpretativos por su origen cultural, pero tenía la ventaja de una más honda inmersión en la realidad social observada, siempre que, finalmente, evitase todo interés personal en el lugar, como efectivamente hizo. El libro contiene muchas historias en dos sentidos: por una parte, porque su etnografía se apoya en el estudio de muchos casos. Cada institución, cada pauta de conducta, se estudia al hilo de casos concretos que abarcan todo el arco cultural de su variabilidad y, al mismo tiempo, amplía el horizonte de la comunidad con documentación desde el siglo XII al XX. Aunque la mayoría de los datos históricos son actas municipales y libros parroquiales del XVI, XVII, XVIII, XIX y XX, su propia y rica etnografía de mediados del XX es hoy una valiosa historia. Esa gran ampliación del contexto histórico la pudo hacer gracias a su previa formación como historiador en la Universidad de Zaragoza. Maitland, Heidegger y Evans-Pritchard –y luego tantos otros– habían reconocido la necesidad del mutuo apoyo entre Historia y Antropología al compartir el método de las ciencias sociales y el objetivo de comprender las culturas, aunque sus técnicas acaben especializando a cada comunidad científica. Su unión, sin duda, enriquece y da un fundamento más sólido al estudio. Decía Ortega (1979: 100) que las cosas humanas «están hechas, en su presente, de pasado y de futuro,... esas sus dos entrañas... están funcionando dentro de ellas,... están dándoles su actual ser», «toda realidad humana... es sólo un «venir de» y un «ir hacia» (IBID, 1979: 109). También Heidegger (2009: 54) reconocía que «para Dilthey, la antropología es un tipo de investigación histórica». La vida, aunque está «vinculada al motivo y a la motivación... es primariamente ya siempre vida con los otros» (IBID, 2009: 63) y, siendo como somos tiempo, historia, «cada uno de nosotros no es sólo él mismo, sino que pertenece a su generación. La generación precede al individuo, está ahí antes que él y determina su existencia» (IBID, 2009: 94).

Con el estudio de las generaciones cambia la escala del tiempo para unir el paso de una generación a otra con la continuidad, donde la historia no es ya solo lo pasado, sino su dinámica continua –como decía Ortega–, una dilatación del presente sucesivo entre ayer y mañana, a lo Gadamer (2003). Se trata siempre de un estudio en el que la estructura no se desliga de la diacronía, algo que ya destacó Lisón en Morgan. Tanto la familia como el resto de instituciones las describe e interpreta el autor «como tensión o conflicto», como estructuras de energía. De ese modo integra los valores, los símbolos y las creencias morales que despliegan su energía para mantener en pie y en marcha el sistema en relación con el entorno, con la tecnología, con unos y otros actores. Esa fusión del estudio estructural y el

histórico para dar cuenta de la unidad viva, cambiante y fiel a sí misma a la vez, la lleva a cabo Lisón en respuesta a lo que observa en su trabajo de campo, al hecho constante de la referencia de los actores a su propia tradición, a sus esperanzas ante el futuro y a sus deseos de modernidad, a esa tensión entre pasado y futuro que logra en su dinamicidad sostener una unidad reconocible. No es fácil lograr esa unidad, ese centro que cualifica el sentido de la vida local. Ese mismo empeño muestra la convicción de Lisón sobre la interna conexión de todo cuanto compone una cultura. En los hechos no hay apartados analíticos, siempre los hechos han sido *totales*. Las vigencias, los símbolos, los valores, las creencias, son ubicuas, permean todo ámbito institucional, son como el aire que respiran los actores, algo en la base de todo, que viene de lejos y que cambia –según qué imagen, qué pauta– a muy distinta velocidad, trenzando unas y otras con un cierto *aire de familia*. Por eso Lisón, alude a los hechos de la República, de la Guerra Civil o de la Posguerra, a los del *hombre* o de la *mujer*, en varios capítulos del libro. Su estudio contiene, pues, excelentes análisis de Antropología Política y Antropología del Ritual, y termina con una propuesta de comprensión de la coherencia que cada actor puede alcanzar en el uso del sistema de vigencias, a pesar de la intensidad de una dinámica basada en la continua creación de oposiciones. Esa dinámica no sólo la presenta entre «vigencias combativas» y «vigencias cooperativas», sino en todo el conjunto de las figuras o imágenes de los valores que encarnan en su conducta, lo cual incluye uno de los primeros estudios de *género* que se desarrollan en la Antropología española¹.

Lisón vuelve reiteradamente su mirada a los conflictos, porque siempre las más radicales tensiones ponen a prueba ese hilo trenzado de la historia que mantiene en pie la vida personal y colectiva. Esa atención sobre la necesidad de sobrevivir día a día a la tensión y al conflicto, ayuda a detectar los instrumentos culturales que los grupos humanos usan para construir su viabilidad. La figuración individualista del sujeto, como imagen central de la cultura, destaca al comprender la estructura y la dinámica del sistema social. Pero como subraya el autor, se trata de un individualismo impuesto como vigencia por la propia sociedad. Lisón logra formalizar la imagen cultural del sujeto, el modo como aquella cultura construye la imagen que se dará como realidad existente, como creencia orteguiana en la que todos están sin percibir que es algo construido por su propia historia colectiva. La manifestación del individualismo en los problemas ciudadanos entiende James W. Fernandez, en su prólogo a la edición de Princeton, que se debe a «la repetida imposición sobre la comunidad de ideologías estatales intolerantes e instituciones autoritarias y totalitarias»², tal como documenta ampliamente Lisón en

1. Como señala Beatriz Moncó (2011: 32-33) sobre las mujeres: «la antropología social no las convierte ... en sujetos sociales de interés hasta entrada la década de los años setenta ... estos estudios van dando paso, en los años ochenta, a la incorporación definitiva del concepto de género».

2. Véase el prólogo de James W. Fernández (Lisón-Tolosana, 1983: vii).

su texto, tanto con actas y libros del pasado, como con su rica y certera etnografía de campo.

Lisón vio la necesidad de comprender la experiencia de la vida de sus vecinos penetrando con la interpretación en el sentido de los fenómenos observados, desvelando ese sentido con la aprehensión de las creencias morales de los actores, del juego continuo de las figuras concretas de valor en las que la historia colectiva había desembocado, valores que, queriendo alcanzarlos en ese futuro que también crea el presente, mueven a la acción social de los actores observados. No solo fue un logro, sino un logro que se adelantó a la Antropología de nuestra época.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Gadamer, H. G. [2003 (1993)]. *El problema de la conciencia histórica*. Madrid: Tecnos.
- Heidegger, M. [2009 (1925)]. *Tiempo e historia*. Madrid: Trotta.
- Lisón-Tolosana, C. (1983). *Belmonte de los Caballeros. Anthropology and History in an Aragonese Community*. Princeton, New Jersey: Princeton University Press.
- Moncó Rebollo, B. (2011). *Antropología del género*. Madrid: Síntesis.
- Ortega y Gasset, J. [1979 (1958)]. *Una interpretación de la Historia Universal*. Madrid: Revista de Occidente/Alianza Editorial.